



A

proximaciones a la problemática  
de los desastres desde tres concepciones  
de la relación hombre-naturaleza

Approximations to the problematics  
of the disasters from three conceptions  
of the relation man - nature

PhD. Mg. Alejandro Linayo  
alejandro@cigit.org, alejandrolinayo@gmail.com

Primera versión recibida el 30 de mayo de 2012,  
versión final aprobada 23 de septiembre del 2012

**Resumen.**

*Los desastres constituyen un cambio violento y masivo de las condiciones del entorno del ser humano, de allí que la manera como el hombre ha concebido históricamente su papel en el mundo, su relación con lo trascendente y su vinculación con el medio ambiente hayan condicionado nuestra manera tanto de concebir como de obrar ante los desastres y el riesgo. En este artículo se esbozan tres modos espacio-temporales de cómo se ha dado dicha concepción; el primero, asociado a las sociedades primigenias; el segundo, asociado a las sociedades teocéntricas o pre-modernas; y finalmente, un tercero vinculado a sociedades antropocéntricas o modernas. Sobre estos se resumen algunas condiciones que en cada caso parecieran haber cincelado nuestra manera de concebir, y por tanto, de obrar ante el problema del riesgo urbano y de los desastres.*

**Descriptor:**

*Desastres, riesgo urbano, cosmovisión, antropología, desarrollo.*

**Abstract.**

*Disasters are a violent and massive change in the conditions of the human environment, hence the way as the human being has conceived his role historically in the world, his relationship with the transcendent, and his relationship with the environment have conditioned both our conception and our way to deal with disasters and urban risks. This paper resumes three time-spatial manners in which the notion of the disaster has been conceived: the first one associated with primitive societies, the second associated with theocentric or pre-modern societies, and the third one finally related to anthropocentric or modern societies. On these outlines are explored the conditions that in each case seem to have carved our way of facing urban risk and disaster.*

**Keywords:**

*Disaster, Urban Risk, Worldview, Anthropology, Development models.*

Para citar este artículo: (Linayo 2012). "Aproximaciones a la problemática de los desastres desde tres concepciones de la relación hombre-naturaleza". En: Revista Académica e Institucional, Arquetipo de la UCP, 4: Páginas 39 a 48

## Aproximaciones a la problemática de los desastres desde tres concepciones de la relación hombre-naturaleza\*

### Approximations to the problematics of the disasters from three conceptions of the relation man - nature

PhD. Mg. Alejandro Linayo\*\*  
alejandro@cigit.org,  
alejandrolinayo@gmail.com

#### Introducción.

En uno de sus pocos trabajos en lengua española, publicado en el año 2005, el filósofo Polaco Piotr Jaroszynski diserta sobre los significados epocales<sup>5</sup> que para los griegos pudieran haber tenido tanto el vocablo sophia (al que el autor asocia el significado de “destreza magistral de carácter práctico”) como el de philosophia, entendida como “la pasión de conocimiento que derivaba de la curiosidad humana.”

En ese mismo trabajo, citando al historiador italiano Giovanni Reale<sup>6</sup>, se sugiere que el término Filosofía fue forjado por un espíritu religioso griego que daba por supuesto que la segura y entera posesión de la sabiduría (Sofía) es posible únicamente por dioses, y que para el hombre es posible solo la persecución de la sabiduría, entendida esta como la fuente de

un constante y, por principio, inalcanzable logro del absoluto saber. La filosofía entonces, se nos devela como una suerte de amor inacabable e insoslayable a la sabiduría, y no como la sabiduría en sí misma, por ser esta una condición que solo puede ser poseída por los dioses.

Ejemplos como el anterior sugieren que las implicaciones históricas que han tenido tanto nuestra posición ante lo divino y trascendente, como nuestro devenir en procura de ese curioso principio humano de “amor a la sabiduría”<sup>7</sup> (principio que además de caracterizar, se ha constituido a juicio de muchos autores como el principal motor del “ascenso del hombre”<sup>8</sup>) son diversas y profundas, y las mismas abarcan la totalidad de los temas que han sido, son y serán a futuro, objeto del interés humano.

Uno de los ámbitos en donde estas implicaciones resultan particularmente notorias es el relacionado con la manera como los hombre hemos vivenciado, entendido, y en consecuencia, obrado históricamente ante el hecho de la ocurrencia de desastres asociados a eventos de origen natural como terremotos, volcanes, maremotos, etc.

Desde luego que cualquier referencia a la importancia que tiene en la actualidad el desarrollar esfuerzos para reducir el impacto de los desastres pareciera ser, no solo innecesaria, sino además insuficiente, en particular cuando se considera la aplastante evidencia empírica disponible sobre el impacto que los

\* Artículo de reflexión producto de investigaciones realizadas en el Centro de Investigación en Gestión de Riesgos CIGIR de Mérida - Venezuela, en el marco de la Gestión de Riesgos y Sostenibilidad Urbana en su línea de investigación sobre fundamentación Onto-epistemológica de la gestión del riesgo urbano, desarrollada en el doctorado en ciencias humanas de la Universidad de Los Andes, en Mérida - Venezuela.

\*\* Alejandro Linayo, Ing. de Sistemas con formación de doctorado en Educación, Maestría en Estudios organizacionales de la ULA Mérida, y especialista en investigación de operaciones de la misma universidad. Especialista en temas vinculados a la Gestión de Riesgos de Desastres. Creador y Profesor del programa de Estudios en Manejo de Emergencias y Acción contra Desastres de la Universidad Tecnológica Experimental de Mérida. Profesor invitado permanente de diversos postgrados en temas de gestión de riesgos y sostenibilidad (ULA, USB, UCAB, UCV, etc.). Desarrolla desde hace una década labores de investigación y consultoría a nivel nacional e internacional en temas asociados a la Gestión de Riesgos de Desastres y la Sostenibilidad. Preside desde el año 2007 el Centro de Investigación en Gestión de Riesgos CIGIR. Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina en Mérida - Venezuela.

<sup>5</sup> Nos referiremos en adelante con este término a una concepción similar a la que utiliza el filósofo francés Michael Foucault, particularmente a la manera como este utiliza dicho término en su “Historia de la Sexualidad”.

<sup>6</sup> Reale G. Historia de la filosofía antigua (*Storia della filosofia antica*). Editore: Italia, Vita e Pensiero, 1991. Citado por Jakosky

<sup>7</sup> Conviene aquí recordar que, incluso etimológicamente, la palabra “filosofía” (*filosofēya*) se compone de los vocablos de origen griego filo (*fiylo*) que traduce “amor” y sofía (*sofēya*) que traduce “conocimiento” o “saber”.

<sup>8</sup> Para un interesante enfoque sobre lo que este concepto representa se sugiere mirar tanto el libro como la serie documental de la BBC, “El Ascenso del Hombre,” de Jacob Bronowosky

desastres están dejando en el mundo a diario. De hecho, actualmente resulta particularmente preocupante que la aparente tendencia creciente al impacto de los desastres que hoy se vive, lejos de ser circunstancial, pudiera obedecer la tendencia claramente definida por la fatídica predicción que en los años ochenta hiciera E. Quarantelli, cuando manifestó que nos dirigiáramos invariablemente hacia un escenario mundial de más y peores desastres.

Quizás un planteamiento básico que conviene ser destacados previo al esfuerzo de adentrarnos a mirar la manera como hemos entendido el tema de los desastres en distintas épocas, es que dicha problemática se diluye y pierde sentido fuera del contexto de lo humano. Esta idea se basa en el principio de que en la naturaleza y para ella misma no existen eventos intrínsecamente “buenos” ni “malos”, pues cada uno de estos eventos naturales que a menudo catalogamos como propiciadores de desastres, influye y contribuye a su manera, con el proceso evolutivo de la existencia y el devenir de nuestro planeta.

Sobre este aspecto se ha mencionado<sup>9</sup> que si hiciésemos el esfuerzo por señalar el peor de los cataclismos terrestres del que científicamente se tuviese alguna evidencia, nos veríamos obligados a considerar el evento catastrófico que, al parecer, tuvo lugar hacia el final de la era cretácica y que, en la forma del impacto de un asteroide en la superficie terrestre, pudo haber sido la causa de la extinción de los dinosaurios y de casi todas las especies animales y vegetales existentes en aquel momento (algunas estimaciones sugieren que ese evento podría haber provocado la extinción del 80% de la biomasa terrestre).

Pues bien, según los evolucionistas, este mismo evento, por paradójico que parezca, posibilitó la supervivencia que se registró

entre seres más pequeños de sangre caliente, lo que a su vez posibilitó la aparición de mayor diversidad de mamíferos, luego la de los primeros primates y finalmente, la del hombre en la tierra. La pregunta que entonces nos vemos obligados a hacernos es: ¿Fue realmente “malo” este imponente cataclismo planetario?<sup>10</sup>

Volviendo ahora al plano que nos ocupa, pudiéramos decir que, sin dejar de reconocer la gravedad que el problema de los desastres representa para el hombre contemporáneo, es importante entender que dicho problema no fue siempre concebido de la manera como hoy lo entendemos. De hecho, la posición del hombre frente a los desastres ha estado, al igual como lo ha estado la posición del hombre frente a todo lo que le rodea, intrínsecamente vinculada tanto a nuestra concepción del cosmos como al papel que dentro de dicho cosmos estamos llamados a desempeñar.

A fin de justificar lo anterior, trataremos de dar una mirada en tres tiempos a la manera cómo ha evolucionado la concepción humana del problema de los desastres y su tratamiento. En el primero de los casos exploraremos la noción de desastres que podría haberse gestado en sociedades primigenias donde la escisión hombre-naturaleza era inexistente, posteriormente exploraremos las nociones de desastres providencialistas que pudieran encontrarse una vez que el hombre comenzase a concebirse como la criatura “elegida” para ser dominadora del mundo, y finalmente exploraremos algunas implicaciones que la modernidad y sus principios ideológicos fundamentales tuvieron en la aparición de un enfoque “antropocentrista” tanto de los desastres como problemática, como del papel que ante dicha problemática estamos llamados los hombres a asumir.

<sup>9</sup> Linayo A. Bases Conceptuales de la gestión de Riesgos. CIGIR. Mérida. 2000.

<sup>10</sup> La reflexión a que este cuestionamiento invita es a entender que la noción de desastre y su riesgo está asociada intrínsecamente a una posición antropocéntrica, es decir, a la valoración que como especie le damos a un fenómeno del que resultamos afectados negativamente, ya sea de manera directa o indirecta. De aquí la importancia que tienen el internalizar que los procesos naturales no son intrínsecamente buenos ni malos, y que el calificativo que mejor pudiera aplicarse a estos es el de indiferentes a nuestros intereses, enfoques y posiciones teóricas.

## La noción de desastres en una concepción animista de la relación hombre-naturaleza.

El discurso vigente que sostiene que los desastres son producto de una inadecuada vinculación entre el binomio “hombre y naturaleza” sufre una sacudida difícil de asimilar cuando hacemos el ejercicio de desdibujar la aparentemente “natural” división que hemos impuesto a fin de convertir en un binomio lo que en el principio, según diversos autores, fue, y aun sigue siendo en diversas sociedades minoritarias, un monomio.

Si bien son varios los autores que han explorado estas tesis, vale la pena aquí mencionar los trabajos del antropólogo Philippe Descola<sup>11</sup>, quien después de haber consagrado 30 años al estudio de las llamadas civilizaciones primitivas y después de haber vivido tres años entre los jíbaros del Amazonas, advierte que la costumbre de dividir el universo entre lo cultural y lo natural no corresponde a ninguna expresión espontánea de la experiencia humana. De hecho, los pueblos llamados primitivos no individualizaban dentro del cosmos, una eventual humanidad como una “cosa aparte” y para muchos de esos pueblos todo lo que integraba el cosmos tenía, y en algunas sociedades minoritarias aun tiene, características humanas, de allí que en esos espacios, animales, plantas, paisajes, piedras y astros reciben el título y cualidades de personas.



Figura 1-  
La imagen de los Yanomami devela cuan intrínsecamente están ellos constituidos por su entorno selvático.  
(ENCARTA 2008)

La noción que desdibuja de nuestra cosmovisión la escisión entre el hombre y la naturaleza, y a la que algunos autores se refieren como animismo, ha sido objeto de estudio de la antropología durante varios años. Sobre este particular, el ya citado Descuola mencionaba en una entrevista concedida al diario argentino La Nación, el 23 de agosto del 2006, lo siguiente.

Quando conocí a los jíbaros me resultaba imposible entender lo que sucedía. Lo que yo consideraba actividad productiva (la caza, la jardinería, la pesca) para ellos era un acto de sociabilidad. Los jíbaros mantienen relaciones sociales con los animales y las plantas. Tratan a los tucanes, a la mandioca y a las sombras como a personas. Esto demuestra cuán contrario es el animismo al naturalismo cuando este reconoce que los no humanos están dotados de la misma vida interior que los humanos y tienen al, igual que estos, una vida social y cultural.

Obviamente que tanto la concepción que a esos hombres los hacía sentirse como parte integral de su entorno, como las formas de ocupación y convivencia con el territorio que caracterizaron a sus sociedades, si bien pudieran representar retrasos importantes en diversos aspectos asociados a nuestra vigente interpretación de lo que es la “vida buena”, consolidaron sin duda condiciones de posibilidad para que se gestaran modos de vida en donde la noción de desastre que hoy tenemos era sencillamente inconcebible.

Las razones sobre las que sugerimos esta imposibilidad son variadas y complejas; sin embargo, pudiéramos asomar aquí que un elemento base para entenderlas lo constituye la noción de que la cultura de los pueblos se cincela en gran medida en función del entorno que a dichos pueblos les rodea y en la manera como estos entienden que han sido llamados a vincularse con dicho entorno.

Es en este sentido que, en contraposición al

<sup>11</sup> Philippe Descola fue alumno de Claude Lévi-Strauss en el Collège de France y actualmente es heredero de su cátedra; este intelectual de 57 años es autor de dos libros que, según algunos antropólogos, han marcado la evolución de la etnografía moderna.

precario equilibrio urbano-ambiental que hoy caracteriza a la mayoría de los asentamientos humanos modernos, diversos aportes de la antropología sugieren que a lo largo de la historia, y en distintas zonas del planeta, han existido grupos humanos que parecieran haber logrado desarrollar estrategias de subsistencia y adaptación a su entorno, caracterizadas por un apenas perceptible impacto en las dinámicas del territorio circundante. En el marco de dicha adaptabilidad, han surgido a su vez prácticas sociales y culturales que se manifiestan en maneras particulares de vestir, de alimentarse, de transportarse, de producir, de comunicarse, etc. que sugieren haberse constituido en el marco de un riguroso y profundo respeto por las condiciones, las posibilidades y las limitaciones del territorio que a estos grupos circunda.<sup>12</sup>

Es ante una cosmovisión y unas prácticas sociales como las descritas que pareciera lógico pensar que si bien en los territorios ocupados durante cientos o miles de años por estos grupos humanos también deben haberse registrado fenómenos como terremotos, inundaciones, deslizamientos, etc., difícilmente las consecuencias, y por tanto, la valoración, de dichos fenómenos serían equiparables a las que hoy tenemos, y difícilmente las capacidades sociales de recuperación de esos pueblos a esas calamidades (resiliencia) serían equivalente a las que hoy exhibimos en muchos de nuestros países.

### Los desastres ante un humano elegido para dominar la tierra.

Si bien los orígenes de la cosmovisión del mundo que entiende al hombre y la naturaleza como entes separados y que asume que el rol del primero es dominar sobre el segundo no parecieran ser

fácilmente localizables, diversos elementos hacen sugerir que los planteamientos sobre los que se sentaron las bases de esa concepción bien pudieran remontarse a Aristóteles.<sup>13</sup>

Esta concepción del cosmos, denominada “naturalismo,” se basa en la idea de que solo los humanos están dotados de vida interior. Los demás “existentes” -plantas, piedras, animales- están privados de una suerte de “cualidad divina” que nos fue entregada con carácter de exclusividad a los humanos por algún tipo de poder o fuerza trascendente, condenando por ende a todos los demás “existentes” a subyugarse a los intereses y deseos de nuestra especie.

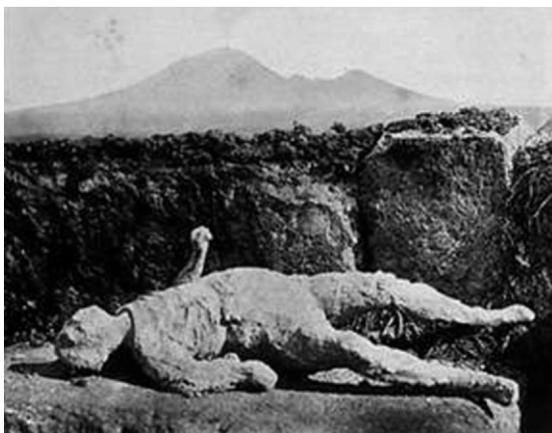


Figura 2:  
La concepción providencialista impidió que los pompeyanos pudieran concebir su desgracia en términos del riesgo (Encarta 2007).

Para Descuola, la separación entre el hombre y la naturaleza, que es uno de los hitos que más marcadamente ha incidido en la cultura occidental, se fue haciendo en distintas etapas, destacándose en este proceso dos momentos históricos de gran relevancia, el primero que se remonta a los antiguos griegos y que se asocia a la invención de la naturaleza como physis: un

<sup>12</sup> El éxito de este tipo de estrategias se refleja en el éxito de asentamientos indígenas como el de la etnia Warao, el cual se ha mantenido de manera prácticamente imperturbable a lo largo de hace 7000 años, y habitando sobre palafitos en el delta del río Orinoco, coexistiendo con las dinámicas y los ciclos del agua y rigiéndose por las dinámicas de la selva.

<sup>13</sup> Un ejemplo de esto es que en el afán por describir al tipo más alto del conocimiento, Aristóteles menciona (primer libro de Ética de Nicómaco) que los eslabones más bajos del conocimiento son las impresiones sensoriales que pertenecen no solamente al hombre sino también a todos los animales, la memoria sólo la poseen algunos de los animales, sin embargo el conocimiento superior es propio solamente del hombre, quien al poseer las sensaciones, la memoria y la experiencia, también puede conocer las causas, y es aquí donde comienza la sabiduría.

objeto de investigación que no está sometido a caprichos divinos, sino a leyes que vuelven previsible la naturaleza. Y el segundo el gestado conjuntamente con el advenimiento de las tres grandes religiones de tradición judeo-cristiana (Judaísmo, Cristianismo y Islamismo) y la marcada trascendencia que esta etapa supuso al implantar la exterioridad del hombre con respecto al mundo del Creador y que el hombre hubiese sido designado por Él para ejercer un papel especial. Estos principios que quedan claramente evidenciados en los versículos bíblicos del Génesis 1: 26-28:

26 “Y Dios pasó a decir: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza, y tengan ellos en sujeción los peces del mar y las criaturas voladoras de los cielos y los animales domésticos y toda la tierra y todo animal moviente que se mueve sobre la tierra”.

27 Y Dios procedió a crear al hombre a su imagen, a la imagen de Dios lo creó; macho y hembra lo creó.

28 Además, los bendijo Dios y les dijo Dios: “Sean fructíferos y háganse muchos y llenen la tierra y sojúzguenla, y tengan en sujeción los peces del mar y las criaturas voladoras de los cielos y toda criatura viviente que se mueve sobre la tierra”.

La convicción de nuestro dominio sobre el entorno que nos rodea produjo sin lugar a dudas un sinnúmero de implicaciones y consecuencias de todo tipo tanto para el humano como para el planeta; sin embargo, aquí destacaremos dos: nuevas y mucho más audaces prácticas de ocupación del territorio (particularmente en términos de localización volumen y concentración de espacios urbanos) y nuevos modelos de desarrollo cada vez más depredadores del medio, prácticas estas que, por razones obvias, elevaron nuestra pensión a sufrir desastres.

Sin embargo, aún pese al hecho de que en este contexto histórico grandes eventos

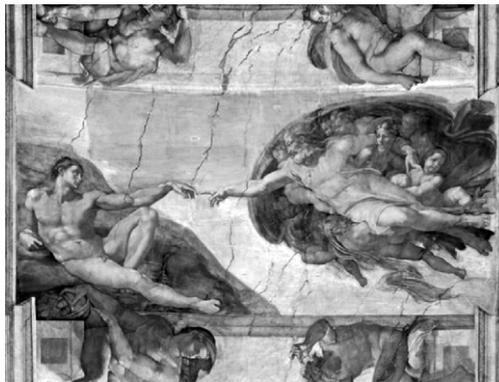


Figura 3:  
La creación de Miguel Ángel Bounarotti.  
(ENCARTA 2008)

catastróficos ocurrían, generando enormes cantidades de devastación y daños y dejando profundas huellas en la memoria oral e incluso escrita de los habitantes de las zonas devastadas y sus alrededores, la noción de los desastres como “problema” que amerita algún nivel de gestión humana, aún no podía ser concebida, debido a la causalidad intrínsecamente providencialista que sostenía la idea de que la ocurrencia o no de esos fenómenos estaba en las manos de actores supraterráneos, los mismos que curiosamente nos adjudicaban nuestra posición de “amos del planeta”.

Conviene aclarar aquí que, si bien la incertidumbre respecto al futuro existió siempre entre los grupos humanos, lo que prevalecía y distinguía a los actores de ese momento histórico es una práctica de divinización que, si bien no garantizaba ninguna certeza, si legitimizaba un conjunto de prácticas socialmente preestablecidas y aceptadas, cuyo cumplimiento se focalizaba en evitar que las acciones y las decisiones humanas despertaran la ira de los dioses. Esa era la única manera de hacer “gestión de riesgos de desastres” que las condiciones socio-históricas de entonces posibilitaban.

### Los desastres, un problema moderno y antropocéntrico.

La tercera y última etapa a la que nos referiremos en el modo como el hombre ha concebido y obrado ante el problema de los desastres se centra en la aparición de la

modernidad y la revolución científica del siglo XVII, una época donde, entre otras cosas, la forma de enmarcar el mundo con invenciones como el microscopio o el telescopio, y el papel articulador que la razón y la ciencia jugó en este proceso de enmarque, permitió que la naturaleza se volviera autónoma y observable, y por ende, que el “problema de la gestión de los desastres” emergiera como un problema moderno, hace apenas unos tres siglos atrás.

Para sustentar este planteamiento, hemos<sup>14</sup> sugerido que con la llegada de la modernidad se dio un salto muy importante en la valoración y el tratamiento de los desastres. Este salto dejó atrás una postura providencialista ante el tema de los desastres y del riesgo que en mayor o menor grado acompañó a la humanidad hasta ese entonces y que, como dijimos, se sostenía esencialmente en la idea de que la ocurrencia o no de desastres estaba en las manos de actores ubicados en un contexto ajeno y superior al nuestro.

Con el cambio profundo en la configuración del universo social que se gestó tras la llegada de la modernidad a Europa y la casi inmediata emergencia, extravención y expansión de dichos cambios al contexto mundial,

especialmente durante los siglos XVII y XVIII, se comenzó a cuestionar las concepciones que habían imperado hasta entonces alrededor de la causalidad de los desastres. Y un elemento que disparó en gran medida estas discusiones entre los intelectuales de la época fue el terremoto que azotó a la ciudad de Lisboa (Portugal), en el año de 1755.

En aquel entonces, Lisboa era una de las ciudades más importantes de Europa, en su seno se desarrollaba una importante actividad comercial y cultural y, como ocurría en la mayor parte de las capitales europeas, en su seno se gestaban corrientes importantes de pensamiento modernista. Es en este contexto que se presenta un potente terremoto que acabó con buena parte de la infraestructura urbana de aquel entonces y, como era de esperarse, de inmediato surgieron voces que señalaban que la tragedia vivida no era más que un castigo divino provocado por la aptitud irreverente y contestataria de las posturas ideológicas que se gestaban por aquellos días.

Algunos de los documentos más hermosos que describen estas discusiones son una serie de cartas que por aquellos años se enviaron los pensadores franceses Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) y François Marie Atouet (1694-1778), mejor conocido por el seudónimo de Voltaire. En esta discusión epistolar, Voltaire acusaba a la naturaleza de lo ocurrido y clamaba por la necesidad de fomentar capacidades humanas que permitieran de alguna manera controlar la ocurrencia de este tipo de anomalías del territorio; sin embargo, Rousseau dudaba de estos argumentos y sugería en su lugar que lo ocurrido era producto de la forma irresponsable como el hombre había procedido a urbanizar los espacios en que se había asentado en aquella ciudad. En este sentido, resulta significativo referir un extracto de una carta que le escribió Rousseau a Voltaire en agosto de 1756 y donde se sostenía lo siguiente:



Figura 4.  
Dibujo de J. P. Le Bas, “Ruinas de la Plaza del Patriarca después del terremoto de Lisboa de 1755 (tomado de: Lanzeta M. UBA. Buenos Aires - Argentina 2005)

<sup>14</sup> Linayo A. Bases conceptuales de la gestión de riesgos. CIGIR. Mérida. 2000.

La Naturaleza no construyó allí veinte mil casas de seis a siete pisos, y si los habitantes de esta gran ciudad hubieran estado mas uniformemente distribuidos y más livianamente acomodados, el daño habría sido mucho menor y, a lo mejor, hasta insignificante. J.J. Rousseau, agosto 1756. (Masters and Kelly, 1992, p.110; traducción propia)

Afirmaciones como esta han propiciado que se considere al terremoto del Lisboa de 1775 no solo como el primer desastre de la modernidad, sino que además se considere a este evento como precursor del enfoque vigente que caracteriza al tratamiento del riesgo urbano. Un enfoque que parte del principio de que lo que ocurre durante un desastre es esencialmente resultado de fallas en nuestra manera de incorporarnos al entorno que nos rodea y que gestan en acciones e intervenciones humanas que obvian la potencial e inevitable ocurrencia de eventos, comúnmente de origen natural, que propician desastres esencialmente en la medida que nuestros modelos de desarrollo imperantes previamente hubiesen potenciado la construcción de escenarios de riesgo.



Figura 5:  
Jean Jacques Rousseau (1712-1778)  
(ENCARTA, 2008)

### **A manera de conclusión.**

El conocimiento de los desastres en el presente se enmarca en los mismos principios que definen a la ciencia: un tipo de conocimiento que debe cumplir con ciertos requisitos: capacidad descriptiva, explicativa y predicativa mediante leyes,

carácter crítico, fundamentación lógica y empírica, carácter metódico, sistematicidad, comunicabilidad mediante lenguaje preciso y pretensión de objetividad. Este es el sentido que caracteriza a la ciencia en el presente y que le ha dado a la cientificidad, y por tanto, al estudio y el tratamiento de los desastres, su significado moderno.

A primera vista, estas premisas abren todo un espectro de acciones y de retos que deben ser abordados desde el quehacer humano actual a fin de resolver el problema de los desastres; sin embargo, algunos aportes recientes destacan que muchos de los retos que hoy afrontamos en este sentido deben promover formas de convivencia entre el hombre y su entorno que permitan recuperar algunos aspectos que caracterizaron los procesos sociales y de desarrollo que fueron implementados por los primeros habitantes de los territorios que hoy ocupamos, y este es un hecho que invita, sin duda, a la reflexión.

Curiosamente, ese vínculo evolutivo que durante milenios caracterizó al binomio hombre-naturaleza – y mediante el cual aquellas culturas lograron nutrirse y perpetuarse, pareciera haberse diluido, y por ello es tan común encontrar hoy ejemplos de actividades humanas que, como reiteradamente ha planteado el escritor colombiano Gustavo Wilches (1997) “lejos de facilitar nuestra convivencia con el espacio natural que nos circunda, nos desadaptan, nos alejan de ese punto de equilibrio imprescindible para evitar que lo natural y lo humano se conviertan en enemigos y se destruyan mutuamente”.

Una segunda reflexión, también interesante, que pudiera hacerse aquí obedece a que, como hemos descrito a los largo de estas páginas, si bien el avance del conocimiento nos ha permitido entender mejor el problema del riesgo de los desastres y las responsabilidades que para con el riesgo de desastres tenemos, ese mismo avance fue también el que permitió que lo que durante milenios no fue nunca “nuestro problema“, de hace unos pocos siglos para acá se convirtiera en el reto que

hoy por hoy se ha convertido. Esta última aseveración nos invita a concluir estas líneas citando un fragmento de la obra de teatro "Herederas el Viento", escrita en 1955 por Jerome Lawrence y Robert Edwin Lee, y que se inspira en un juicio desarrollado en 1925 en el que se encontró culpable a un profesor de una escuela de enseñar la teoría de la evolución de Charles Darwin, contradiciendo una ley del estado de Tennessee (USA) que prohibía la enseñanza de toda otra explicación del universo distinta a las que establecía creacionismo.

En uno de los discursos que ante el jurado de aquel juicio ofrecía el abogado de la defensa, este sostenía:

*"El progreso nunca fue cuestión de regateo. Siempre hemos debido pagar algo por él.*

*Debió estar alguien detrás del mostrador que exhibía los avances que deseábamos diciendo:*

*Ok, tendrás teléfono, pero perderás tu privacidad y el encanto de la distancia...*

*Mujer, dado que tanto lo deseas, votarás, pero a cambio perderás el derecho a no complicarte y retirarte del pantanoso mundo de la política detrás de una polvera...*

*Muy bien señor, podrás conquistar el aire, pero lo pájaros Perderán su magia y las nubes olerán a gasolina"*

## Referencias.

ARISTÓTELES. (Siglo IV a.c.). (2001). Ética a Nicómaco: Inversiones Editoriales Dossat, S.L.

BRONOWSKY, J. (1990). El Ascenso del Hombre. Madrid: Editorial La Fuente.

CORRADINI, L. y DESCUOLA, PHILLIPE (2003). Los Hombres no son los Reyes de la Naturaleza. Prensa La Nación. Cultura. Argentina. 23 agosto de 2003. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/833801>

JAROSZYNSKI, P (2005). De Sofia a Filosofía. Revista Pensamiento y Cultura 49, 8(1), 49-55.

LINAYO, A. (2000). Los Riesgos de la Gestión del Riesgo, LaRED. Mérida: Centro de Investigación en Gestión de Riesgos CIGIR.

QUARANTELLI, E. L. (1983). Future disasters in the United States: More and worse. Preliminary Paper # 125. Disaster Research Center. Universidad de Delaware.

WILCHES CHAUX, G. (1997). El sentido de la participación. Viviendo en Riesgo: Comunidades Vulnerables y Prevención de Desastres en America Latina, LARED. Disponible en [http://www.desenredando.org/public/libros/1994/ver/ver\\_cap06-ESPVER\\_nov-20-2002.pdf](http://www.desenredando.org/public/libros/1994/ver/ver_cap06-ESPVER_nov-20-2002.pdf)